

Romeo y Julieta

William Shakespeare

Prólogo: **Griselda Gambaro**

Estudio: **Juan José Delaney**

loqueleo

[Prólogo]

Por Griselda Gambaro

La *tragedia de Romeo y Julieta* es una historia de amor escrita hace varios siglos por un autor inglés de cuya vida tenemos datos mínimos. Sabemos que nació en un pueblo llamado Stratford-on-Avon un día de primavera del hemisferio norte, el 23 de abril de 1564. Vivió exactamente 52 años, ya que murió el 23 de abril de 1616. Una zona de su juventud permanece en total oscuridad, pero lo que no deja lugar a dudas es que ese hombre fue comediante y autor. La mayoría de sus obras las escribió para ser actuadas por él y por sus compañeros del teatro El Globo.

Los comediantes persisten un tiempo en el recuerdo mientras los autores perduran en sus obras. Las de Shakespeare fueron tantas, tan numerosos sus personajes diseñados con la misma profundidad en el humor y el dolor, en la desesperación y el consuelo, que resultó casi inverosímil que fueran producto de la misma mano.

Después de su muerte se dijo, con mediocre escepticismo, que de ningún modo un solo hombre podía ser el autor de semejantes obras. Otros lo habían ayudado en anónima colaboración, algunos otros las habían escrito del comienzo al fin.

Sin embargo, sólo las escribió Shakespeare. Y la prueba reside, más que en algunos documentos, en que esas obras las pronuncia (las escribe) una sola voz: la suya. Usando

diferentes tonos —comedia, drama, tragedia— el sonido de la voz es el mismo: el de un gran poeta que nos entrega sus palabras para que gozosamente con ellas vuele nuestra propia imaginación y pensamiento.

En la tragedia de *Romeo y Julieta* el amor es su centro argumental, aunque esté entretelado con otros temas. Desde la época en la que se supone fue escrita, alrededor de 1594, hasta el presente, el amor cambió poco. Siempre es un sentimiento de pasión hacia aquel, aquella que nos enamora, siempre busca ser correspondido, siempre desea transcurrir las horas y los días con la persona amada.

Y esto es lo que pasa con *Romeo y Julieta*, *les pasa* a *Romeo y Julieta*, y por eso la historia de sus amores nos sigue hablando. Les hablará a través del texto de Shakespeare que la cuenta.

Desde 1500, otras son las circunstancias sociales. En esa época, y sobre todo en los estratos altos, el poder de la familia era poco menos que absoluto, los matrimonios se concertaban por razones de riqueza o abolengo desestimando las diferencias de edad, la escasa o nula inclinación de los contrayentes; rechazos y rebeliones eran sofocados por la tradición y las costumbres.

¿Y el amor? Pues el amor, que precisamente no sabe de trabas —ninguna elección más libre que la suya—, pues el amor surgía con el mismo soberano impulso de ahora, sin atender a conveniencias ni intereses, presiones ni mandatos sociales. Las consecuencias podían ser dramáticas, y de hecho lo fueron en *Romeo y Julieta*. La inflexible oposición de las familias, los Capuletos y los Montescos, que se

guardan antiguos rencores, odios encarnizados, además de unos trágicos errores y desencuentros, llevan a los jóvenes amantes a un triste final.

Y sin embargo, aunque ellos quedaron en su época —unidos en la muerte—, no dejan de transitar la nuestra; vienen en la representación teatral y a través del texto de esta obra bellísima que los revive en cada línea, en cada diálogo. No se cansan de nombrarse aún hoy porque en el nombre está quien se ama.

Lo que nos conmueve profundamente en ellos, y en la obra, es la intensidad, el absolutismo de la pasión. Ah, ¿esto es el amor? pueden decirse —los que aún no lo conocen, pero lean *Romeo y Julieta*—. ¿Esto tan grande? Y entonces, podrán esperar a que venga el día, cuando la pasión despierte y la vivan con un final menos trágico que el de Romeo y Julieta, pero con la misma intensidad.

Por eso, este libro no es sólo una historia de amor en los tiempos pasados, es un canto exaltado al amor también en los tiempos presentes, una promesa de vivirlo.

Romeo y Julieta

Dramatis personæ

ESCALO, Príncipe de Verona.

PARIS, joven noble, pariente del Príncipe.

MONTESCO } Jefes de dos casas
CAPULETO } enemistadas entre sí.

Un ANCIANO, de la familia de Capuleto.

ROMEEO, hijo de Montesco.

MERCUCIO, pariente del Príncipe y amigo de Romeo.

BENVOLIO, sobrino de Montesco y amigo de Romeo.

TEOBALDO, sobrino de lady Capuleto.

FRAY JUAN } Franciscanos
FRAY LORENZO }

BALTASAR, criado de Romeo.

GREGORIO } Criados de Capuleto.
SANSÓN }

PEDRO, criado de la nodriza de Julieta.

ABRAHÁN, criado de Montesco.

Un BOTICARIO.

Tres MÚSICOS.

EL PAJE DE MERCUCIO.

EL PAJE DE PARIS.

Otro PAJE.

UN CABO DE RONDA.

LADY MONTESCO, esposa de Montesco.

LADY CAPULETO, esposa de Capuleto.

JULIETA, hija de Capuleto.

LA NODRIZA DE JULIETA.

Ciudadanos de Verona; Hombres y Mujeres, deudos de ambas casas; Enmascarados, Guardias, Alguaciles y acompañamiento.

ESCENA.- Verona; Mantua.

Acto primero

Prólogo

Entra el CORO

CORO.— En la bella Verona, donde situamos nuestra escena, dos familias, iguales una y otra en abolen-go, impulsadas por antiguos rencores, desencadenan nuevos disturbios, en los que la sangre ciudadana tiñe ciudadanas manos.

De la entraña fatal de estos dos enemigos cobraron vida bajo contraria estrella dos amantes, cuya desventura y lastimoso término entierra con su muerte la lucha de sus progenitores.

Los trágicos pasajes de su amor, sellado con la muerte, y la constante saña de sus padres, que nada pudo aplacar sino el fin de sus hijos, va a ser durante dos horas el asunto de nuestra representación.

Si la escucháis con atención benévola, procuraremos enmendar con nuestro celo las faltas que hubiere. *(Sale).*

Verona. — Una plaza pública

Entran SANSÓN y GREGORIO, de la casa de Capuleto, armados con espadas y broqueles

SANSÓN. — ¡A fe mía, Gregorio, que no soportaremos más la carga!

GREGORIO. — No, porque entonces nos tomarían por burros.

SANSÓN. — Quiero decir, que si nos encolerizamos, sacaremos la espada.

GREGORIO. — Sí; pero procura, mientras vivas, no sacar más que tu cuello de la collera.

SANSÓN. — ¡Yo pego pronto, como me muevan!

GREGORIO. — Pero no te sientes pronto movido a pegar.

SANSÓN. — ¡Un perro de la casa de Montesco me mueve!

GREGORIO. — ¡Moverse es ir de acá para allá; y ser valiente, esperar a pie firme! De modo que si te vuelves, inicias la huida.

SANSÓN. — ¡Un perro de esa casa me moverá a estar firme! ¡Yo le tomaré la acera a todo criado o doncella de los Montescos!

GREGORIO. — Eso indica que eres un débil esclavo, pues sólo los débiles se arriman a la pared.

SANSÓN. — Es verdad, y por eso las mujeres, como vasijas débiles, son empujadas siempre a la pared. Por tanto, echaré a los criados de Montesco de la pared y arriamaré a ella a sus doncellas.

GREGORIO. — La contienda es entre nuestros amos y entre nosotros sus criados.

SANSÓN. — Igual me da. ¡Me mostraré tirano! Cuando me haya batido con los sirvientes, seré cruel con las doncellas. Les voy a cortar la cabeza.

GREGORIO. — ¿La cabeza de las doncellas?

SANSÓN. — Sí, la cabeza de las doncellas, o su doncellez. ¡Tómalo en el sentido que quieras!

GREGORIO. — Quienes habrán de tomarlo en algún sentido serán los que lo sientan.

SANSÓN. — ¡Pues me sentirán mientras pueda tenerme en pie, y es sabido soy un bonito pedazo de carne!

GREGORIO. — Más vale que no seas pescado; de serlo, estarías convertido en un pobre Juan. ¡Saca tu herramienta, que vienen dos de la casa de los Montescos!

Entran ABRAHÁN y BALTASAR

SANSÓN. — ¡Ya está desnuda mi arma! Provócalos; te guardaré las espaldas.

GREGORIO. — ¡Cómo! ¿Volviendo las tuyas echando a correr?

SANSÓN. — ¡De mí no temas!

GREGORIO. — ¡No, por mi fe! ¡Temerte yo!

SANSÓN. — Tengamos la ley de nuestra parte. Que empiecen ellos.